

Abrese el BAZAR a las 9 mañana.
Ciérrase a las 18:00 noche.

Año XXXVIII

1.º

DOMINGO

1892.—Se publica el primer número de este periódico.

Para los forasteros S. Bienvenido.

El Bazar Murciano

EN MURCIA: Platería, 66 y 68 — CASA EN CARTAGENA: Mayor, 33 —
ECO DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE SU NOMBRE
DIRECTOR PROPIETARIO: Ricardo Blázquez

“El niño me retira”

(Canción de «Luisilla la Albahaca», en el sainete inédito, con música de Rafael Calleja, titulado «El niño me retira»).

Entre el hombre y la mujer
hay en esto der querer,
según cada cuál prefriere,
dos ejemplos a escogé:
er que quiere
y er que se deja querer.

Pa er que se deja, son der cariño las ro-
[sas finas,
y los jarmines y los claveles,
y pa er que quiere son los tormentos y
[las espinas
y son las ducas y son las hieles.

Y vaya usté a comprendé
que gose más er que quiere
que er que se deja querer.

El uno ríe tos los momentos y el otro [yora:
el uno canta y el otro pena,
el uno es libre y el otro esclavo besa y [adora
los eslabones de su cadena.

Y es una contradirsión
que gose más er que es libre
er que vive en la prisión.

Yo lo sé por esperensia,
porque me susede a mí,
y le digo esta sentensia
ar que la tiene que oí:

¡Nunca, niño, mi veneno
por tus mieles cambiaré:
yo a tí te quiero, moreno,
y tú te dejas querer!

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO.

DE LA VIDA QUE PASA

Estampas grotescas

La vigía

Vive Hortensia pegada a la mirilla
y dentro de su hogar en nada acierta,
porque ha jurado estar tras de la puerta
siempre que oiga sonar la campanilla.

¿Quién la llamó en hipérbole «cotilla»
porque hace en guardia centinela alerta,
si está callada cual mosquita muerta
y, al fisgar, solo quiere ser polilla?...

No la deja vivir el curioseo
con que la ajena intimidad la tienta,
y es en la vecindad «vista» y correo.

Tal la envidia la tiene macilental...
Y, en los demás hendido su deseo,
del marital desdén no se dá cuenta.

Doña Caridad

Muerde, aunque ya perdió la dentadura:
en rica ofrece y llora en pordiosera,
y nadie, al verla presumir, dijera
que de tan bajo remontó a la altura.

Mas no cambió la holgura su natura,
que de la de Sylock fué compañera,
y hace sonar su astrosa faltriquera
que en el ciento por ciento no halla hartura.

Por los cafés y los teatros gira,
subastando sus cuartos cada hora
para brindarlos al mejor postor.

Donde tiende su red no la retira
mientras no cae en su garra destructora
el pájaro que vuela a su alrededor.

EL HACHE DEL SPANISH PERFUM

Sentíamos, ahora, la estabilidad cómoda de un lujo sólido en el «bar» de este palacio de los mares.

Nos sirvieron *whisky* o *focking-kock-cock-tail* a unos, *cherry-brady* a mí. Contorsiones de un *blak-bolton*, gimiente; curvo «bouquet» de «cosmópolis», en «éllas», interesantemente supercivilizadas. Humo, niebla finísima—verde-emperador—de las suaves «Waverley»-straight cut Virgia-cigares, subiendo en interrogaciones.

—*My very dear friend*... Llegó la hora: dentro de poco, la nada del Atlántico en torno a un mundo en marcha. Como siempre, en la travesía, danc ing grave; una fiesta de máscaras, ceremonia; *ballet*; un beso, como punto del idilio roto, en la algarabía blanca de las gaviotas del puerto final... *My very dear friend*, ¿qué impresión te llevas de España, desde Vigo, al país de los edificios daltónicos y de las estrellas blancas sobre trapo azul?

—Oh, España.... *Much* interesante, *very nice* «Las Colonias», el Club, el Casino; grandes hoteles, chicas *trotaderos*.... Tennis, golf, cricket, ¡Hurra Vigo! Ah, Pontevedra: *topros goyescos, very typical*... ¡Oh, España... D. Quijote; D. Cid, D... *Cagancha!*; *Wonder ful!*

Calló mister Lodwick; bebió un gran sorto de «Vat-69-whisky» y lamentó:—Mi está triste. Mi falta «perfume de toreador»! Mi recorre todos comercios; mi no encuentra perfume. ¡Oh, D. *Cagancha!* mi encarga Miss Vigo perfume. Ella escribe *lecos*... país de *naranças*, D. Salzillo y D. Ricardo. Dice Miss Vigo que D. Ricardo es el *hache* del *spanish perfum*, del *bull-fighter-perfum*... Yo parto, ¡perfume no llega. Mi está triste. Mi entra *morriño*...

Y mister Lodwick vació, de un sorbo, media botella de whisky, balanceó una larguísima pierna sobre la otra y, mirando la punta de su «shoe», suspiró, somnoliento: —¡Oh, España. D. Quijote, D. Cid, D.... Ricardo!

Vigo y agosto. A bordo del «Viceroy of India».
(Dibujo y texto de GIL DE VICARIO)

LUIS GIL DE VICARIO.

La doctora

Nada a su aguda inteligencia escapa de cuanto en el cerebro humano quepa: y se ufana en triunfar por lo que sepa, ya que no vino al mundo rica o guapa.

Abrió a su voluntad la ciencia un mapa y vió su ruta en la insondable estepa donde la humanidad comba su chepa y donde el morbo sus estragos tapa.

No conquistó el birrete por chiripa, ni confundióse en la letrada tropa con la anodina grey pedante y cupa: que entre sus manos la ignorancia hipa y, mientras va su fama viento en popa, mira a los hombres y al amor con lupa.

RODOLFO GIL.

Madrid-Julio 1929.

Algo le pasa a la luna...

Algo le pasa a la luna que debe saberlo el mar, porque no caben secretos entre doncella y galán.

Mar: ¿qué le pasa a tu amada, que de pálida que está, parece una novia muerta en su tálamo nupcial?

Y murmura el mar, ciñendo amoroso tu beldad: ¡La ve desnuda en mis brazos, y de celos morirá!

MIGUEL PELAYO.



Los de «Extranjis»

La Sociedad de Naciones, compuesta, como sabeis, de respetables varones (que pasan de veintiseis),

reunióse en el gran salón del Senado madrileño; y cumplieron su misión y triunfaron en su empeño

lo mismo el representante de Chile, que el de Turquía, que el de París, que el de Gante, que el del Japón y el de Hungría;

igual el del Ecuador que el de *Chalecoeslvraquia*, y el de Londres y... Melchor, el marido de la Eustaquia.

Todos, de distintos modos, hablaron allí bastante; pero se olvidaron todos del punto más importante.

—¿De qué?—pensará el lector.

Y yo le respondo en verso:

—De que, antes que paz y amor para todo el Universo,

hay que predicar de plano el deber en que está el mundo de ver el «Pazar Murciano» (que es un *tazar tremebundo*),

y adquirir en él las cosas que allí venden con buen modo, pues son cosas muy valiosas... (para Blázquez sobre todo).

Y es verdad. ¿Qué hace en el mundo, aunque gran fama logró, quien, siendo un sabio profundo, *Perfumes Gal* nunca olió?

¿Qué vale entre los demás el embajador-camelo que no se compró jamás *Petróleo Gal* para el pelo?

¿Qué es el que gran nombradía ganó con sus discusiones, si ignora lo que es hoy día la *Casa Gal* en jabones?

¿Para qué vive el bigardo diplomático sin par que no conoce a Ricardo dueño y señor del *Bazar*?

¿Qué hacen los embajadores sin apresurarse a ver los juguetes superiores que el *Bazar* suele tener?

Hacen... (y en algo me fundo para declararlo así) el ridículo ante el mundo... (por lo menos, ante mí).

Lleva en sí mismo la pena quien no conoce el *Bazar*... ni a tanta bonita nena como entra en él a comprar.

Hoy lanzo, pues, esta idea (yá que no pudo ser antes): «Que en la próxima Asamblea piensen los representantes

en qué forma hay que matar al extranjero guasón que no visite el bazar más rico de la nación...»

bazar que no es el de El Pardo, ni el de Urgel, ni el de Motril, sino el del genial Ricardo, jese Asuero mercantil!

que a tantísimos sujetos ha sabido hacer felices con venderles los objetos ¡sin tocarles las narices!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

La violencia cariñosa

—Pero, hombre, le decía yo estos días pasados a Ricardo. ¿No eree Vd. que debemos ir dejando hueco a los que vienen detrás, buscando en lid honrosa el espaldarazo literario de su BAZAR?

—Todo «se andará», me decía Ricardo, con ese tono sentencioso, que le ha consagrado como uno de los más conoedores de la vida.—Es cuestión de tiempo y de constancia.

—Si el tiempo lo cuenta Vd. por lustros, pocas pueden ser las estaciones de enlace.

—No lo crea Vd.: los que contamos la vida por varios de ellos, echamos la mirada hacia atrás y nos parecen un soplo.

—Aun en ese supuesto, le argüía; no hay una razón para que indefectiblemente hayan de aparecer, como consagradas algunas firmas: Verbi gracia, la mía.

—Enjuiciamos sobre bases distintas: Vd. mira a la forma y yo al fondo, o lo que es lo mismo, Vd. al cuerpo y yo al espíritu.

—Metafísico anda el amigo, le dije sonriendo.

—Yo no sé como ando: seguramente mal, pero en cuestiones que afectan al periódico sé que camino siempre con pié seguro.

—¿Muy seguro?

—Y tan seguro, como por experiencia sé quienes colaboran por ese pequeño placer de la firma, quienes solo por complacerme, y quienes porque los años les hicieron copartícipes de la obra del BAZAR...

—Según eso...

—Según eso, «los últimos serán los primeros», y ya se le puede dar vueltas a la rueda, que o dejo de ser quien soy, o hay que aceptar esa obligación que han impuesto los años.

Y ahora pregunto yo, después de colocar Ricardo Blázquez las cosas en estos términos: ¿Hay posibilidad de negarle la colaboración?

No me convencen sus argumentos; pero me ha ganado su buena voluntad; es decir, que aún sosteniendo mi idea de ir dejando libre el campo, no he sabido o no he podido resistir a su cariñosa violencia.

Sea, un año más!!!

NICOLÁS ORTEGA.

EL REGAZO

—Duerme, niño mío,
rosa de mi amor:
duerme, niño mío,
que te canto yo.

Duerme, niño mío,
de mi día, sol,
de mi noche, estrella,
de mi luz, color:
duerme, niño mío,
que te canto yo.

Duerme niño mío;
humano crisol
en donde mi vida
se purificó:
de mi sien, corona,
de mi pan, sabor;
duerme niño mío,
que te canto yo.

Duerme, niño mío,
rosa de mi amor,
sangre y esperanza
de mi corazón:
¡duerme, niño mío,
que te canto yo!...

Dijo así la madre,
con tan dulce voz
que, más bien que a copla,
sonaba a oración.

Una luz celeste
de manso fulgor,
persignó la estancia
con su bendición;
el niño, cayendo
fué en dulce sopor
al piadoso arrullo
de aquella canción;
y el tierno regazo
que al niño acunó,
despedía entonces
áureo resplandor...
¡Es que lo tocaba
la mano de Dios!

MANUEL DE GÓNGORA

Madrid, julio.

El manantial

(Para Ricardo Blázquez,
que vive realizando este pen-
samiento de Tolstoi, rimado
por mi pluma).

Entre espadaña, mirto y romeros,
en calurosa tarde estival,
hicieron alto los tres viajeros
en las orillas del manantial.

Robles copudos le daban sombra,
césped mullido brindaba alfombra
junto al venero murmurador;
y el agua clara, corriendo pura,
prestaba al campo grata frescura,
hojas al árbol, vida a la flor.

La sed templaron los caminantes,
y, a los fulgores agonizantes
de la serena tarde estival,
escrita vieron esta sentencia:
*Procura siempre que tu existencia
sea como el agua del manantial.*

—¡No es mal consejo!—dijo el más mozo,—
Al escucharlo siento que el gozo
llama a las puertas del corazón...
Como el arroyo se trueca en río,
correr el hombre debe, y con brío
hacerse grande por su ambición.

—¡Es buen consejo!—clama, pausado,
otro viajero noble y honrado.—
Hay que ser puros para vencer;
como las aguas son las criaturas
y almas y linfas piden ser puras
si cual espejos han de esplender.

—¡Brava enseñanza! ¡Sabio consejo!—
piensa el viajero caduco y viejo.—
—La sed templamos, y, en odio al mal,
el bien hagamos con ansia inmensa:
sin esperanza de recompensa...
como las aguas del manantial!

M. R. BLANCO BELMONTE.

La princesa Amor

PARA EL BAZAR MURCIANO

—Padre Pensamiento...
—Hijo Corazón...
—¿No me dejas solo?...
—No te dejas, no!
—Déjame ir delante,
padre, que aún hay sol.
—Vé delante, hijo,
mas con precaución.
—¿Qué hay que temer, padre?
—Hijo, sabe Dios!
—¡Siempre con temores!...
—Siempre sin temor...

Al mediar camino,
se les pone el sol.
Al mediar camino,
les anocheció.
—Padre Pensamiento...
—Hijo Corazón...
—¿Qué pajarito canta?...
—Canta el ruiseñor.
—¿Qué es aquel castillo?
—El de la Ilusión.
—¿Quién habita en él?
—La princesa Amor.
—¿Es muy linda, padre?
—Hijo, como un sol.
—¿Qué hace en el castillo?
—Vive en reclusión.
—¿Es, como en los cuentos,
que alguien la encantó?
—Es como en la vida,
que es todo ilusión...
—Padre ¡quiero verla!
—Hijo, ¡por favor!...
—¡Déjame a mí solo!
—¡No te dejas, no!

En la noche oscura
canta el ruiseñor
y en las altas torres
una luz brilló...
—Padre, ¿ves la luz?
Nadie respondió...
—Padre; es ella, es ella.
¡La princesa Amor!
Padre, ¡aquéllos ojos!...
Padre, ¡aquella voz!...
Padre, ¿no me escuchas?
Nadie respondió...

—¡Padre Pensamiento!
dijo, con horror...
Y sonó, lejano:
—¡Hijo Corazón!

CRISTÓBAL DE CASTRO.

El Tenorio Panocho (1)

ESCENA XII

(En el ventorro del laurel)

D. LUIS

¡Güenos compáeres y amigos!

D. JUAN

Esta noche hay aquí fiesta.

CENTELLAS

Venimos a ver la apuesta.

D. JUAN

D'ella vais a ser testigos.
Pero, asentarse, muchachos
que s'emprencipiao er melón.
(A Buttarelli) Trae buisqui.

D. LUIS

Un cotél de ron.

BUTTARELLI (Ap.)

Drento e na, tuiquios borrachos.

D. JUAN

Luis, prencipia a platicar
y mentres, yo como y bebo;

D. LUIS

¿Primero yo? No m'atrevo.

D. JUAN

Pos yo voy a emprencipiar.
Poeñor; al salir d'España,
si el recuerdo no m'engaña,
me juí como polizón
en una máquina extraña
que en er mundo está de non.

Er Jesús der Gran Poer
llamaban al aroplano;
y ar salir de Santander,
m'esfaré y juí a caer
en metá del onceano.

Nadando y sin bañoar,
a la tierra del amor,
a Roma, tendí la vista;
y bati el primer recor
del bolseo y la conquista.

Las costumbres lisenciosas,
las romanas caprichosas,
er recordallas m'alegra;
¡las conquistas amorosas
qu'hizo mi camisa negra!

Por fin de Roma me juí,
porque si no, allí m'escurro
de traspillao que me ví;
y pa moverme d'allí
tuve que mercar un burro:

En Nápoles con mis güesos
dí a lomos d'aquer pollino;
y entre mimos y ambelesos
se desputaban mis besos
las zagalas del camino.

Por andequiera que juí
la vertú yo escarnecí;
y cuando d'allí marché,
mas muertos azaga ejé
que macarrones comí.

A Francia con retijancia
pasé en busca de ganancia;
y sorté tanto mandao,
c'a tos los chulos de Francia
les dejé un carrillo hinchao.

En la puerta de mi hotel
mandé pegar un papel
con gacheta colorá,
que ícia: «Aquí vive aquel
qu'es rey de la gofetá;
no hay quien le gane a «hipercutes»
ni tolera las desputas;
y no tiene otros desfrutes,
que zurrarle a los franchutes
y besar a las franchutas...»

UNOS ¡Arza!

OTROS

¡La órdiga!

¡Qué tíol!

D. JUAN

No hubo juerga ni hubo lio.
escándalo u borrachera,
ande ar menuto no juera
trunfador er sabre mío.

Tal horror mis hechos daban
que los guardias me temían,
y en cuanti que m'esfisaban
en los fares se metían,
¡y angunos se suciedaban!

Impedió me quedé
d'un botellazo en la nuca,
y la Francia abandoné;
¡y antonces sí que m'hallé
mas perdío que Carracua!

Traspillao y sin dinero
y en la caeza un bujero
que la ejó cuasi deshecha,
tuve que llamar a Asuero
pa poer llevarla erecha.

Con tantísimo desvelo,
perdí mi cabello cano;
y solo tuve er consuelo,
der pretólio Gal p'al pelo
que vende er Bazar Murciano.

F. FRUTOS RODRIGUEZ.

(1) Fragmento de un sainete así titu-
lado que aparecerá en breve.

A la orillita del río

¡Ay, tarde de Mayo, local...
¡Ay pobre corazón mío!...
La risa fluye en tu boca
y el agua corre en el río.
¡Rumor fresco!... ¡Clara risa!...
¡Novia de la Primavera!...
¡Ay, cómo juega la brisa
sobre tu falda ligera!...
Es el ambiente sereno
y está ya verdé la parra.
Pronto de Clóe en el seno
vendrá a cantar la cigarra.
Lejos del mundo y la muerte
hoy te tengo a mi albedrío.
¡Ay, cómo voy a quererte
a la orillita del río!...
Ríe. Tu risa de Mayo
es luz en el alma mía.
Hoy se muere en un desmayo
toda mi filosofía.
Vamos, bajo el sol campestre,
solos con nuestro cariño;
una amapola silvestre
mancha, en rojo, tu corpiño.
Esmaltes de un verde tierno
son, al sol, monte y plantío.
¡Qué lejos está el invierno
junto a la margen del río!...
Novia risueña y bonita
del diente impecable y sano:
¿Por qué, de pronto, palpita
entre mis manos tu mano?...
¿Suena en los cañaverales
su siringa el viejo Pan?...
Tus blancas manos liliales
temblando ahora mismo están.
Todo es calma. Un dulce peso
oprime el corazón mío...
y yo te beso y te beso...
y el agua corre en el río.

GIL DE ESCALANTE.

Madrid.

MADRID

CUARTILLA SUELTA

Se publicaron, no há mucho, datos cu-
riosos relativos a las muñecas, según los
cuales, las primeras, si nó vieron,—como
seguramente no la verían por harto os-
cura,—la noche de los tiempos, fueron
coetáneas del crepúsculo matutino que
la siguió. A priori se puede afirmar,—
porque aún callándolo la historia, es his-
tórico,—que desde que hubo niñas, hubo
muñecas; si bien los investigadores y ex-
cavadores tengan, por las de más res-
petable antigüedad, las halladas en las
tumbas de los infantes egipcios, por
cierto comparables por lo incompara-
bles,—las muñecas, no las tumbas,—a
las que exhibe en su estupendo Bazar
Murciano el popular Ricardo Blázquez,
aunque aquéllas suelen ser de made-
ra, bronce, marfil u otra materia aná-
loga. Emperatrices y Emperadores co-
letudos, o personajes de alta calidad,
representan las modernamente encon-
tradas en el viejo ex-Imperio chino. Y
copia de ejemplares muy curiosos hay
en los Museos vaticanos procedentes
de las catacumbas, trabajados en marfil
y con resortes para que movieran sus
miembros. De todo lo cual parece des-
prenderse que en los tiempos a que co-
rresponden los hallazgos, las muñecas
constituían, al par que motivo de deleite,
medio de enseñanza; distraían re-
memorando los hechos señalados y los
magníficos personajes de la patria

Hoy carecen de este carácter, con gran
satisfacción del sabio helenista y recal-
citante revolucionario don Miguel de
Unamuno, a quien sacaba, y es de creer
que seguirá sacando de sus casillas, casi
tanto como la dictadura, la pedagogía
juguetil; pero de muñecas está el mun-
do lleno, si nos referimos, además de a
las auténticas y justamente famosas del
gran Ricardo, que las tiene, como de los
demás lindos juguetes para todos los
gustos y aficiones, a las de carne y hue-
so; las cuales, no hay duda, que triplicar-
rían sus naturales atractivos si enviaran
noramala los pinceles y coloretes con
qué embadurnan sus labios y cejas, fue-
sen menos ahorrativas o cicateras en el
gasto de tela para vestir y no olvidasen
nunca que el recato y la modestia son
las cualidades que más realzan y avalo-
ran a la mujer, a los ojos de quienes
piensan en ella para reina y señora de
su hogar.

MIGUEL PEÑAFLORES.

Murcia, Cartagena y el Bazar Murciano

Murcia; de un beso de Flora y Apolo nacido Murcia, la ciudad encanto recia en su vega, toda brisa perfumada, toda belleza ideal, con los jardines pomposos y fragantes mirándose en las aguas del río,—deleitándose como Narciso—con el Sol de fuego rompiendo el *velarium* del cielo azul para poner su manto de oro sobre las piedras vetustas y blasonadas que hablan de abolenos históricos de hombres hazañosos, de esclarecidas estirpes, Sol al que detiene —como Josué— en su carrera la Hermosura, la hermosura de esas mujeres murcianas de ojos de sultana, inmensos, soñadores, negros abismos en la tez de nardo, seda en el rostro aristocrático, pétalo de flor en el de cualquiera mujer nacida bajo el palio del cielo murciano, al cobijo de la artística torre monumental, arrullado por el rumor sonoro de las frondas poéticas de la huerta maravillosa.

Murcia; Arte, poesía, fragancia de azahares, luminoso destello en negros ojos de mujer.

Cartagena; de un beso de Venus y Neptuno brotó Cartagena, la ciudad Princesa, perla que luce en la curva concha del Mediterraneo para recibir el homenaje sumiso del mar de turquesa por donde navega Anfite; tierra hidalga, llena de caridad y amor para todo; soberana que ciñó a su escultura las púrpuras de Tiro y las clámides helénicas, que ciñó a su frente la noble diadema de las patricias romanas y se cubrió con el manto cortésano de las damas de los Austrias, cuando miraba partir en las galeras de don Juan el mozo desconocido que después sería el manco glorioso, honra de la Raza; pueblo ilustre en cuyo puerto tranquilo se mece serena la fortaleza de nuestros buques guerreros bajo el amparo de los montes erguidos erizados de férreas bocas de fuego, y que ostenta con orgullo como el más preciado de sus timbres la hermosura de sus mujeres, finas, esbeltas, cimbreadas, de ojos morunos y rientes bocas.

Cartagena; fortaleza y dulzura, gracia risueña, elegancia y gentileza.

Murcia, la insuperable, Cartagena la no superada, Sultana de tierra adentro, Hada del vergel florido; Princesa a la que acaricia el mar, dueña de los horizontes ilimitados. El Sol, la tierra, el habla, las costumbres, todo es y está hecho para unirlos y por si no bastase las una este «Bazar Murciano»—tan simpático, tan moderno y tan evocador al par—con el puente de este bello periódico, lazo de amor que nunca debe romperse, que siempre debe estrecharse.

OSCAR NEVADO.

JUGUETERIA

MATINEE INFANTIL

Boby el clomw está en la entrada con su nariz colorada y su enorme pantalón. El aire, la infantil risa, de colorines irisa en torno de Boby el clomw.

NIÑO EN LA PLAYA

Con oro de arena
Bebé minero
llena
su caldero
de hojalata.
Es
ajorca en sus pies
la espuma-plata.

JARDIN CON NIÑOS

Por las platabandas corren bandas de chiquillos; desde sus balcones, —¡Pillos!— dicen los gorriones. Van ante los grupos claros redondos cual sonrisas los aros. Un planeta, la pelota, esahuciado de su elíptica, bota. Los en el Turo-Park! Pararí!, ya la corneta organiza su retreta de bazar).

ENVIO

Usted merece, don Ricardo, una santa barba de nardo, la corona regia en la sien y un gran manto de armiño, por el inefable bien de dar la risa y el juguete al niño.

ANTONIO MARTIN MAYOR.

Coloquio con tu espejo

A una parroquiana de Blázquez

Breve lago en bisel que el Bazar te depara, tinto en nardo y clavel de reflejar tu cara.

La aparición añora de su encanto irreal, como el cielo a la aurora, tu avidez de cristal:

La curva de los brazos sobre un yelmo de rizos, de las cejas los trazos, del busto los hechizos...

Vuelva esa faz ausente a tu cerco redondo...! Yo, con mirada ardiente, soñándola presente, interrogo en tu fondo.

ANDRÉS SOBEJANO.

LA PERSECUCIÓN DEL PIROPO

Un hecho vergonzoso y criminal acaecido en una de las más populosas vías madrileñas, ha originado una confortadora reacción contra el *flamenquismo* que todavía impera en España y que es una desviación del *casticismo*, también llamado a desaparecer, aunque le lloren algunos literatos que no quieren olvidar, ni a tres tirones, el Madrid, «que pasó y no ha sido».

Como consecuencia de este suceso las autoridades, con excelente acierto, han emprendido una enérgica cruzada contra los que ahora llamamos *castigadores*; y como en esta cuestión no es posible discernir entre la *burrada* y el madrigal, el piropro, el pobrecito piropro ha caído bajo la acción del legislador en el nuevo Código y bajo la mano del celoso guardia de Seguridad en la calle.

No voy a defender el piropro, libreme Dios, ni siquiera a protestar contra el error que pueda cometerse al enviar quince días a la sombra al hombre que se limitó a verter una frase delicada al paso de una mujer bonita. Con tal que lleven el merecido castigo los numerosos salvajes que andan sueltos por el mundo creyendo que «todo el monte es orégano», puede perdonarse cualquier equivocación, por lamentable que sea, «que errar lo menos no importa, si acertó lo principal».

Yo afirmo, aparte de estos casos aislados de chulería que todavía sobrenadan sobre el avance *indiscutible* de la civilidad y la cultura, que los tiempos actuales son de una mayor moralidad que otros pasados porque de ellos va desapareciendo la hipocresía. El hombre, a fuerza de convivir ya en todas partes con la mujer, la estima como un camarada. La mujer no se encoge ya frente al hombre; le mira cara a cara, discute con él, se considera tan útil como él en la vida a la que sabe hacer frente con el mismo valor de cualquier hombre. Las piernas y los brazos al aire no conmueven ya mas que a los que peinan canas y todavía no se han acostumbrado a que «sea verdad tanta belleza». La juventud actual está harta de *exhibiciones* a las que no da importancia alguna, y una muchacha bonita y ligera de ropa, en los claustros de una Universidad, no es mas que un compañero con quien se discute el programa de Internacional o las teorías de Maraón sobre las secreciones internas.

La libertad actual en trajes y costumbres la estimo mucho más beneficiosa para la moral, dentro de ciertos límites, claro está, que la pudibundez exagerada de otros tiempos. El deseo no está hoy tan a flor de piel por la continua convivencia de los dos sexos; y la virtud, la más preciada joya de la mujer, puede brillar con la misma intensidad a todo sol y en plena vida, que cuando se la encerraba entre rejas y candados.

El piropro viene a ser perseguido cuando estaba en plena decadencia. La gente culta, más numerosa cada día, no piropeaba ya, por buen gusto y porque resultaba muy desagradable echar una flor a una mujer y encontrársela al día siguiente de compañera en la oficina, en la mesa de la redacción o en el aula de la Universidad.

El piropro muere, por lo menos en el hombre. Esperemos unos años más y serán ellas las encargadas de decirnos cosas bonitas por las calles.

Ya lo predijo San Agustín.

VERETER.

Lo que dijo el ángel de la caravana

Camino de la frontera que nos separa de Francia, con estruendo de motores, bajo un sol digno de España, entre voces de bocinas y entre resuellos de máquinas, avanza, a ciento por hora, la automóvil caravana de turistas extranjeros que, atraídos por la fama de las dos Exposiciones, andaluza y catalana, vino y admiró en Sevilla el esfuerzo de una raza y en Barcelona admiró el poderío de Hispania.

Camino de la frontera los autos, con veloz marcha, se llevan al Extranjero la verdad de nuestra España, «pueblo grande, progresivo, laborioso y entusiasta» por cuanto implique progreso «para la familia humana».

El cortejo de automóviles que ráudo ya se alejaba, hace un alto en el camino antes de entrar en la Francia.

Inmóviles ya las ruedas; las bocinas, acalladas; silenciosos los motores; de uno y otro coche, saltan los extranjeros venidos para ver de cerca a España, «para admirar sus progresos» y comprobar que era falsa «la leyenda de terrores» «inquisitoriales, basta» y absurda y vil la leyenda «que aun mantiene la navaja» «en la liga de las hijas» «del pueblo, y atroz patraña» «la de que aquí por las calles,» «los toros bravos atacan» «a los ministros del Rey,» «que traje de luces gastan.»

Hizo un alto en el camino

«la extranjera caravana,» «y reunidos, en grupo,» «los turistas que se marchan,» «con admiración devota» «los ojos vueltos a España» «que abandonarán en breve» «aunque la llevan en su alma,» «cual en extraña asamblea» «las mil bellezas alaban» «que aquí vieron, y dedican» «con fervor, una plegaria,» «que es mensaje de justicia» «y es homenaje de gracia.»

«Que así cada uno, todos» «quieren al salir de España,» «expresar su gratitud» «y de sus bellezas hablan.»

«Y uno dice, y otro añade,» «éste añora, aquel exalta,» «todo lo que hallaron bello» «y grande en la noble Patria» «de Cervantes, que dió al mundo» «con la más hermosa habla,» «un continente ignorado» «que el mar, avaro, ocultaba;» «su cultura y su hidalguía...»

Todos rezan: ¡Salve, España!

A punto ya de partir la extranjera caravana, en el silencio resuena una vocecita, clara como el canto de una fuente, voz de mujer, voz amada; «armonías celestiales» «hay en sus dulces palabras, y dice así, la que es ángel de la triste caravana, triste porque va a partir de la noble y bella España: —He visto cosas muy lindas y muy grandes... En mi alma guardo una emoción gratísima de mi excursión por Hispania... Pero quiero declarar que hasta ahora, no ví nada como lo que he visto en Murcia, que BAZAR MURCIANO llaman, y en el que BLÁZQUEZ es Rey y cien mil joyas, preciadas, de utilidad femenina para las mujeres, guarda. Decid, hermanos y amigos, a todo el que venga a España, que no deje de ir a ver, el BAZAR MURCIANO. ¡En marcha!

Y entre voces de bocinas y entre resuellos de máquinas, con estruendo de motores, bajo un sol digno de España, camino de la frontera que nos separa de Francia avanzó, a ciento por hora, la automóvil caravana.

RODOLFO DE SALAZAR.

CHIRIMBOLOS

Cuando éramos niños, hemos tenido, a veces, juguetes absurdos, por los que sentíamos especial predilección. Por ellos sostuvimos luchas con los amigos, se nubló de preocupaciones nuestra alegría, se despertaron, precoces, la indignación y el dolor. Mayores, más inteligentes, más cultos, con más dilatadas amplitudes en el panorama de nuestro espíritu, esos chirimbolos, causa de nuestro disgusto infantil, nos inspiraron desdén y desprecio.

Las Naciones son como los niños... La Historia nos enseña que en periodos de escasa cultura, que pueden equipararse a la infancia del hombre, lucharon denodadas por conservar absurdos juguetes, que luego, más cultas, más generosas, con un mayor sentimiento civil, con una más depurada dignidad colectiva, arrumbaron como estúpidos chirimbolos o destruyeron movidas por un contenido desprecioso o por un desdén henchido de dignidad.

MARIANO RUIZ-FUNES

El Palacio Encantado

Blázquez abre las puertas de su bazar de ensueño como si fuera un rey fantástico de Oriente y en esa magia exalta el encanto pequeño con cien motivos de una fascinación riente.

Recuerdan los juguetes los días de la infancia, el oasis que el alma lleva como escondido para extasiarse a veces en su dulce fragancia y por ella abismarse en lo ya muy perdido.

...La espera de los Magos, sorpresa deliciosa que pintaba de risas el albor inocente y embriagaba de dichas la ilusión candorosa con un arco de rútilas estrellas en la frente.

Y el bazar, en Septiembre, cual un ascua de oro ofreciendo el milagro de sus fascinaciones... ¡Cuántas veces urdimos, ante el magno tesoro, el cachemir más rico de nuestras ilusiones!

De aquel tiempo lejano que vibra todavía como la tensa cuerda del arpa del recuerdo nos llega una suave y honda melancolía que trasciende hasta el músculo nuestro costado izquierdo.

¡Oh buen Ricardo Blázquez! Tu palacio encantado resplandece y en ese resplandor te transforma. Tú haces mirar por un topacio ilusionado que viste de oro pálido lo vulgar de la forma.

Y en ese tu recinto de mágica apariencia en donde nos tornamos, sin sentirlo, pequeños, nos haces que volvamos a vivir la inocencia en el más grato ensueño de todos los ensueños.

ANDRÉS BOLARÍN.

NO CONFUNDIRSE

De trapo, las muñecas primorosas, B ellos chismes de loza y de cristal, A gua de olor, jabón, Petróleo Gal, Z arzillos y otras joyas valiosas. A rcas para caudales, codiciosas, R osas artificiales, en fanal, M il objetos preciosos, de metal U tiles para casas muy lujosas. R egalos para el prócer y el paleta, C achivaches muy gratos a la gente I ncansable en gastar con rumbo y brío, A l margen vertical de este soneto N otarás que se indica claramente O h lector!, dónde están a tu albedrío, ABELARDO L. TERUEL.

Romance oriental

Hamete, el gallardo moro,
en el jardín de Palacio,
así dijo a la más bella
flor del Eden mahometano.
—Zulima, dulce odalisca,
la de divinos encantos,
la de los ojos muy negros,
la de los dientes muy blancos,
la que vence a la granada
en el rojo de sus labios,
la de los pies andaluces,
la de marfileñas manos,
la del más sedoso cutis,
la de frente de alabastro,
la que envidian las palmeras,
al ver su cuerpo gallardo,
deja que llegue a tus plantas
un doncel enamorado
y te pruebe este cariño
que como tesoro guardo.
Por tí marcharé a la guerra
y en el enemigo campo
realizaré tanta hazaña
que, mi nombre celebrado
será por la voz del pueblo
y el grito de mis soldados.
En las justas de la corte,
tus colores ostentando,
venceré a los justadores
con el poder de mi brazo
y haré famoso tu nombre,
para mí tan adorado.
En el fondo de los mares,
contra las olas luchando,
he de aprisionar las perlas
o los corales preciados,
que han de ceñir tu garganta
dándole mayor encanto.
No has de sentir un capricho
que no mires realizado
con que manda, bella mora,
y cumpliré tu mandato.

Calló el musulman, orgullo
del cordobés califato
y así respondió Zulima,
en él los ojos fijando:
—No ambiciono que en las justas
te muestres galán y vano,
que es tu valor conocido
y por todos respetado,
ni que se vierta la sangre
en lucha contra el cristiano,
en la vega granadina,
o en los malagueños campos;
ni que bajas a los mares
coral, o perlas, buscando,
para que luzcan un día
en mi collar engarzados,
pues solo tengo un capricho
y he de verlo realizado.
Quiero que vayas a Murcia,
que ya es tierra de cristianos
y por voluntad, o fuerza,
por astucia, por asalto
me logres una muñeca
de esas que celebran tanto,
por gallardas y bonitas,
y por sus muchos encantos,
que guarda Ricardo Blázquez
en su gran Bazar Murciano.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

Enrique Soriano

Otra vez viste de luto EL BAZAR MURCIANO, por la muerte de uno de sus más fervorosos colaboradores: Enrique Soriano.

Espíritu fervoroso, vivió siempre en un plano de ideales, del que no lograron sacarle ni los vientos despiadados de la realidad, ni la espina punzante de los desengaños.

Por eso Enrique Soriano no tuvo enemigos, sino amigos cariñosos ganados por su lealtad, por su nobleza y por su sinceridad.

Comenzó su colaboración en este periódico el año 1911, y desde entonces hasta la fecha lo hizo sin interrupción.

Tan cuidadoso fué del éxito del BAZAR, que no se resignó a que apareciera ni un solo número sin que antes pasaran por su vista las pruebas de todas las composiciones.

Descanse en paz el llorado amigo, y entre las lágrimas de los suyos vaya como homenaje a su buena memoria la plegaria ferviente de la Dirección de este periódico.

Nos es grato reproducir a continuación esa primera composición suya, por estimarlo como un tributo debido a su

memoria, tan querida en esta casa, en la que se le llora como cosa propia, en justa correspondencia al cariño que profesó siempre a esta publicación.

EL PRIMER JUGUETE

Mujeres casi niñas,
rosas de Alejandría;
que bajo el tibio rayo
del sol meridional
nacisteis a una vida
de luz y de alegría,
sin mirar las espinas
que hay en vuestro rosál.
Adorables muñecas,
gentiles y reidoras,
juguetes caprichosos
del *flirt* y del amor;
graciosas figulinas
bellas y encantadoras;
yo siento al contemplaros
un íntimo dolor.
En el Bazar lujoso,
deslumbrador y rico,
suena como un gorjeo
vuestro eterno reír,
y, tras el varillaje
del sedeo abanico,
vuestros ojos inquietos
se ocultan para herir.
Ya no vais por juguetes
al Bazar preferido,
juego de amores falsos
vais a buscar en él.
Yo paso ante vosotras
con el mirar rendido,
deseando y temiendo
vuestra risa cruel.
En el Bazar espléndido
luce vuestra hermosura,
porque de él habeis hecho
vuestro solío triunfal.
Vais al Bazar lujoso
buscando la dulzura
de una frase galante
que suene a madrigal.
Yo os adoro, gentiles
muñecas deliciosas,
mas mi espíritu enfermo
ya no os puede creer...

Quien fie en las palabras
de esas niñas preciosas,
será el primer juguete
de la niña-mujer.

ENRIQUE SORIANO.

Agosto 1.911.

EL BESO TRISTE

Besé anoche tu imagen,
en paz y en calma,
y en aquel suave beso,
te dí mi alma...
Dulce embeleso,
el que yo sentí anoche,
al darte un beso.

En aquél beso, niña,
de mis amores,
del jardín de mi alma,
te dí las flores...
Flores sencillas,
que de mi amor te dieron,
puras semillas.

Mientras que yo te beso,
niña adorada,
más tú, de mi cariño,
vas alejada...
Virgen querida;
decíme qué la hice,
que así me olvida.

Pero, yo te bendigo,
cariño mío,
y te perdono, niña,
tu cruel desvío...
Por tí me muero,
y, en cambio, que tú seas
dichosa, quiero.

Yo besaré tu imagen
con gran cariño,
y te daré al besarte,
mi alma de niño...
Que, para tí, en mi alma,
un beso siempre existe,
aunque este pobre beso,
¡sea, el beso triste!

CECILIO RECALDE.

Madrid-Agosto 1929.

Marcha militar de los soldados de plomo

(PARA EL «BAZAR MURCIANO»)

Rataplám—plám—plám.
Llenos de rojo, sucios de azul,
pero marciales ¡Buenos soldados
del falso reino!

Rataplám—plám—plám.
Hacia el país de los colores
que rige un rey de la baraja.
Sin prisa pero con ritmo.

Rataplám—plám—plám.
Los caballos curvan las patas;
los jinetes ondean las plumas;
hasta las colas están rizadas.

Rataplám—plám—plám.
Siempre fieles. Defensores
de los castillos de cartón.
Centinelas perpetuos.

Rataplám—plám—plám.
Azul la polaina,
rojo el pantalón,
sonrosada el ánima.

ALOCUCIÓN:

Soldados: despertareis
de vuestro sueño de color
y al son de los tambores
redondos y brillantes
—Rataplám, plám, plám—
os marchareis formados
a vuestro país de aleluya.

EDUARDO DE ONTAÑÓN.

El alma de la Feria

El nuevo Manto

Como toda Murcia sabe, el Excmo. señor don Federico Bernades ha ofrecido a Nuestra Excelsa Patrona la Virgen de la Fuensanta un nuevo Manto tejido con seda murciana... ¡Y tan murciana! Sí, miente, gusanos, capillos mojados en sudores huertanos...

En estas ocasiones en que un suceso tan íntimamente nuestro, estremece hasta la entraña del terruño local, se nota más el vacío—¡qué difícil de llenar!—que dejaron entre nosotros aquellos dos líricos cronistas, murcianos de la cabeza y del corazón, que se llamaron Frutos y Tornel.

Sus plumas modelaban el corazón de Murcia.

¡Un manto de seda murciana a la Patrona! Tornel en esta ocasión evocaría con su estilo doméstico y su prosa jugosa el cielo huertano, las graciosas morenas, la hilandera, las barbas de plata del padre Segura, las noches templadas cuajadas de estrellas, los ocasos murcianos encendidos e inmateriales, las brisas, las plegarias... todo lo que bendice desde su ingente altura la divina Generala.

*Oración que sube al cielo
pasa por tu camarín.*

Frutos nos diría que los gusanos habían trepado rampantes y dúctiles hasta el Camarín, habían invadido las divinas formas de la Imagen, convirtiéndose por milagrosa transformación en rica tela hecha de resplandores de sol y de luna.

Nos diría también que cuando la Virgen vuelva a su excelso refugio, en las madrugadas otoñales, aun envuelta en los arboles del alba, cubierta con un manto de seda huertana; cuando musitan los labios murcianos inmateriales plegarias y cesan a su paso hasta los arrullos en los midos, fueran los brazos nervudos y los robustos hombros de los nazarenos huertanos los que soportaron la dulce carga, mostrando las caladas medias y el pecherín rizado...

Evocaría en sonoros romances el jacarandoso repique de las postizas; nos diría de bailes cadenciosos al son de la guitarra.

Nos aseguraría que ese manto, andando los años, estará empapado del perfume de hierbas y mostrará las huellas de haber sido mojado por los rocíos de infinitas alboradas.

Rompería lanzas por...

Yo seguiría escribiendo, porque este tema es encantador, pero...
—¡Alto ahí!—me grita Blázquez;—las dos cuartillas que necesito ya están...

—Pero al menos, Ricardo, digo yo sorprendido, déjame que...

—¡Ni una letra más! —vuelve a rugir...

Enmudezcamos...

ENRIQUE MARTÍ.

15 Agosto.

La verdad desnuda

Como un ensueño de Abril,
a manera de conseja,
me contó un día una vieja
esta leyenda gentil.

No respondo de que sea
muy veraz la narración;
yo la cuento, en conclusión,
y el que quiera que la crea:

«Nació en la huerta, galano,
entre el azahar y el nardo,
un tal Blázquez (Don Ricardo)
pero sin Bazar Murciano;

que, al ver la primera luz,
ya mostró el feliz augurio
de ser un dios, dios Mercurio,
con el comercio por cruz.

Y sin género de duda,
según las Mitologías,
también por aquellos días
nació la Verdad desnuda;

diosa de hermosa tal,
tan atrayente y tan bella
que siguió, tenaz, su huella,
al verla el primer mortal.

Corrió la Verdad medrosa,
pero a su paso divino
iban llenando el camino
los hombres tras de la diosa.

En la empeñada carrera
la corriente humana crece,
y hay un monte en que parece
que la cogen prisionera,

más en la elevada cima
surge un dios, y abr- su mano,
el dios, del Bazar Murciano,
prende a la imagen divina,

y, ante el asombro del coro,
lanza la diosa a la altura,
que, al impulso, se tritura
en finos pétalos de oro,

en lindos copos de plata
y en mil objetos tan finos,
que descienden en divinos
raudales y cataratas.

Con arranque soberano
aprehendió en un solo día
la diosa, hecha mercancía,
y fundó el Bazar Murciano.

Desde entonces la Verdad
no se encuentra ni en películas,
y, si queréis sus partículas,
Blázquez las tiene: comprad.»

JESÚS CARRILLO DEL VALLE.

Lo bueno de lo bueno

Estoy ya por experiencia muy acostumbrado a las exigencias de mi jefe: ello no quiere decir que en muchas ocasiones interiormente no sufra las ganas de exteriorizar mi protesta.

Porque Ricardo manda no como se decía antiguamente, a lo capitán general, como si dejarámos ahora a lo Presidente del Consejo de ministros.

Ayer entró a la tienda, y a quemarropa, sin más preámbulos, me dice: Oye, tú, que faltan unas líneas para cerrar EL BAZAR, y hay que hacerlo; pero a prisica y corriendo.

—Bueno, pero...

—No hay pero ni pera; no hay más que hacerlo, ¿Lo has entendido?

—Sí señor; pero es el caso...

—Que no sabes qué escribir, ¿no es eso?

—Eso es.

—Y eres tú el que estás criado a mis pechos; el que has echado conmigo los dientes en EL Bazar?

Se me pasaron ganas de decirle: ¡Si usted usa dentadura postiza; callé porque conozco su genio, pero vamos, eso de que echáramos juntos los dientes en el Bazar, o eso es insulto o una coquete-ría de Ricardo. ¡Qué más quisiera!

Irrumpe de nuevo el mal humor diciéndome: ¿Qué esperas?

—Sabes que está repleto de valiosos objetos el Bazar Fin de Siglo, que tenemos aparatos de todos precios y la más completa colección de discos marca «Odeón». ¿No te sugiere ideas cuanto digo?

—Ciertamente, pero, ¿cómo andamos de espacio?

—Dos o tres líneas dice a mi oído el cajista.

Pues para eso no hay más que decir que «el que quiera saber lo que es bueno que venga al Bazar.»

¿Hace?

EL APRENDIZ.

Típ. de EL TIEMPO.—Murcia